



## CAPÍTULO XVII EL PLACER Y LA FELICIDAD

«¿Qué es lo que mueve el deseo? La felicidad, y eso solamente.»

**LOCKE.**

«Nada podría existir si no supiéramos que es posible la felicidad.»

**MILOSZ.**

### 1. EN TORNO A UNA DEFINICIÓN

Proponemos esta definición de placer: «Estado afectivo agradable, unido a la satisfacción de un deseo o de una tendencia, al ejercicio armonioso de una actividad.» Hay, pues, tantos placeres como deseos, tendencias y actividades, aunque la inmediatez de los corporales hace que muchos hombres piensen que son los únicos que existen.

Por eso se nos advierte desde antiguo que si algunos, «por no haber gustado nunca un placer puro y libre, se entregan a los del cuerpo, no se ha de pensar por ello que éstos son preferibles: también los niños creen que lo que ellos estiman es lo mejor» (Ética a Nicómaco).

El placer perfecciona la actividad y es como la consumación de su correcto desarrollo. Y al ser la actividad lo propio del ser vivo, quizá la universal aspiración al placer manifiesta el deseo universal de vivir. Bajo ese aspecto, el placer es una forma del instinto natural de supervivencia.

El placer está íntimamente asociado a la naturaleza humana. Sin embargo, su valoración es difícil: unos llegan a identificarlo con el bien, y otros lo consideran algo vil y despreciable. Lo que no ofrece duda es el protagonismo que ocupa en la vida humana, pues solemos regular nuestras acciones por el placer y el dolor que nos proporcionan, hasta el punto de obrar mal por disfrutar de un placer, y no obrar bien por evitar un dolor.

De ahí la necesidad de haber sido educado desde joven, como dice Platón, para saber cuándo y cómo conviene sufrir o disfrutar, pues si admitimos que hay actividades nobles y actividades indignas, lo mismo debemos pensar de los placeres. La adecuación de la conducta a este criterio constituye la auténtica buena educación.

### 2. LOS DESEOS ORGÁNICOS

La tendencia natural hacia el placer sensible que se obtiene en la comida, en la bebida y en el deleite sexual es la forma de manifestarse de las fuerzas naturales más potentes que actúan en la conservación del hombre. Estas energías vitales que se pusieron para la conservación del individuo y de la especie dan las tres formas originales de placer.

Pero precisamente porque esas potencias representan la actividad irrefrenable constitutiva de lo que es la vida, sobre pasan también a todas las demás energías en capacidad destructora cuando se desordenan. De la misma manera que una presa puede abastecer de agua y de energía a millones (le personas, pero si se rompiera, arrasaría y mataría).

No deja de ser misterioso, aunque lo vivamos a diario, el hecho de que el orden interior del hombre no sea algo que se dé espontáneamente, como una realidad natural, al igual que se observa en la formación de un cristal o en la función clorofílica de cualquier vegetal. Lo que observamos es, al contrario, que las mismas fuerzas que alimentan la existencia humana pueden pervertir el orden interior hasta llegar al desequilibrio de la persona: «¡Oh, amor, amor! -exclama Pleberio- ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene?»

Que la natural tendencia al placer puede llegar a actuar desordenadamente es evidente. Basta con echar una ojeada, cualquier día, a la página de sucesos de cualquier diario. Basta conocer la Historia. Hay en ella ejemplos elocuentes. El autor de las *Confesiones* reconoce que «podía más en mí lo malo, que ya se había hecho costumbre, que lo bueno, a lo que no estaba acostumbrado. Lo que me esclavizaba eran cosas que no valían nada, pura vaciedad, mis “antiguas amigas”. Pero me tiraban de mi vestido de carne y me decían bajito: “¿es que nos dejas? ¿Ya no estaremos nunca más contigo? ¿Desde ahora nunca más podrás hacer esto..., ni aquello...?” ¡Y qué cosas, Dios mío, me sugerían con las palabras “esto” y “aquello”!»

### 3. CONTROL Y DESCONTROL: CONSECUENCIAS

Sólo suponiendo que es posible esa rebelión de las propias fuerzas vitales puede darse la necesidad de regular los deseos. Al arte de obrar en cada momento lo conveniente lo llamaron los griegos *frónesis* (prudencia). Pero al hombre obsesionado por el placer se le oscurecen los principios del recto obrar. Evitar ese oscurecimiento es salvar la prudencia. Ésa es precisamente la misión de la templanza, *sofrosyne* (que significa salvaguarda de la *frónesis*).

La templanza es, pues, la ordenación del deseo, puesto al servicio de la plenitud humana. Así lo expresó Francisco de Quevedo: «Dentro de tu propio cuerpo, por pequeño que te parezca, peregrinas. Y si no miras bien por dónde llevas tus deseos, te perderás dentro de tan pequeño vaso para siempre. Has de tratarle no como quien vive por él, que es necedad, ni como quien vive para él, que es delito, sino como quien no puede vivir sin él. Trátale como al criado: susténtale, y vístele, y mándale, que sería cosa fea que te mandase quien nació para servirte.»

Entre los diversos deseos orgánicos, el sexual desempeña en el ámbito biológico un papel fundamental: la propagación de la especie. Por ser un bien necesario, necesita más la salvaguarda de la razón. Ese orden racional es la esencia de la castidad, y su desorden es la lujuria. Por la lujuria se deja sobornar el hombre, se vende a lo sensible y suelta las riendas de su conducta. La

obsesión de gozar le tiene siempre ocupado y le impide acercarse a la realidad y ver las cosas como son: por la lujuria queda corrompida la prudencia, es decir, la conducta recta, el hombre entero.

Dice Aristóteles que los apetitos deben ser moderados, pocos y dirigidos por la razón, porque el deseo de placer es insaciable, y satisfacerlo significa aumentar el mismo deseo hasta una intensidad que impide el raciocinio. El ejemplo inocente que pone es el de cierto glotón que pedía a los dioses que su gáznate se volviera más largo que el de una grulla, por atribuir al contacto el placer que experimentaba.

Del protagonista de una conocida novela se nos dice que «todo en él era viejo, salvo sus *ojos*; y *éstos* tenían el color mismo del mar, y eran alegres e invictos». A las personas no se les nota en la cara si son justas, en cambio la destemplanza produce un desequilibrio que asoma incluso a los *ojos* y a la risa, y una inestabilidad fruto del desarraigo: esa fuga de sí mismo causada por la muerte que se observa en el propio interior.

La consecuencia del descontrol del deseo orgánico es, a última hora, el fracaso de la existencia humana, la infelicidad profunda. Los más estrechos colaboradores de Lutero hablan de la tendencia, en los últimos años de su vida, a la cólera, la calumnia, el odio y la mentira; de su amor a la cerveza y al vino; de su obsesión por lo sucio y obscuro. Y Lutero no es excepción, sino todo lo contrario, un hombre en el que queda tipificada, con rasgos clarísimos, una determinada conducta.

La falta de templanza coincide con la búsqueda de un imposible: la plenitud de la vida. Porque la destemplanza sumerge a la persona en un torbellino de sensaciones: luces, sonidos e imágenes estridentes; un mundo tras cuya fachada alucinante sólo vive la nada. Un mundo con vivencias que se vuelven amargas a los pocos minutos. Un mundo que, ante los ojos de un hombre íntegro, aparece desolado y fantasmal (J. Pieper).

En *La Celestina* encontramos la queja patética de ese desengaño: «Cébanos, mundo falso, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. No lo podemos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbrenos la celada cuando ya no hay lugar de volver.»

Es el peligro del que ya habló Platón en su mito del carro alado, caído fatalmente por el descontrol del caballo negro desbocado.

Un peligro formulado con palabras certeras por una conocida feminista: «aquí la tierra te puede tragar para siempre».

El mismo Epicuro, reconocido universalmente como padre del hedonismo, escribió que «no son las borracheras, ni los banquetes continuos, ni el goce con las mujeres, los que proporcionan una vida feliz, sino la razón, buscando sin cesar los motivos legítimos de elección». Por eso, quien busca la felicidad en el placer, necesariamente terminará desesperado.

#### **4. LA SEXUALIDAD FREUDIANA**

La imagen del hombre difundida por Freud concede al impulso sexual el privilegio de indicar el camino que el hombre debe seguir. A pesar de su tosco determinismo, tal planteamiento hizo fortuna cultural en amplios sectores sociales, a lo largo de todo el siglo XX.

Freud encontró para las neurosis una sola causa: la represión sexual; y un sólo remedio: la liberación de los correspondientes impulsos. Pero la experiencia ha puesto de manifiesto que el sexo así entendido no sólo no libera, sino que, neurotiza. Multitud de estudios han demostrado que la promiscuidad, la adicción a la pornografía, la impotencia sexual y las aberraciones son consecuencia del modelo antirrepresivo freudiano.

Al sexualizar la neurosis, Freud neurotizó la sexualidad. Y aunque sus principales discípulos rechazaron sus tesis centrales, la bomba había sido arrojada y hacía sus estragos. Sobre la neurosis cayó un diagnóstico equivocado que agravó artificialmente el problema y tiñó con su color inconfundible la cultura del siglo XX. Pocas voces se atrevieron a reivindicar para el hombre una condición racional, incompatible con la pretensión de preguntar al sexo lo que el hombre debe hacer. Una de ellas fue la de C. S. Lewis, que confiesa con agudeza e ironía la imposibilidad de encontrar la plenitud de la vida por el camino del mencionado placer:

«Muchas veces seguí ese camino hasta el final. Y al final encontraba placer, lo que me llevó inmediatamente a descubrir que el placer (ese u otro cualquiera) no era lo que buscaba (...). La frustración no consistía en haber encontrado un placer “rastrero” en lugar de uno “elevado”: era la poca importancia de la conclusión lo que aguaba la fiesta. Los perros habían perdido el rastro. Uno había cogido la presa equivocada. Ofrecer placer sexual al que desea lo que yo estoy describiendo es algo así como ofrecer una chuleta de cordero a un hombre que se está muriendo de sed (...). A veces me pregunto si no serán todos los placeres sucedáneos de la Alegría.»

#### **5. LA PRESENCIA DEL DOLOR**

«Del monte en la ladera, / por mi mano plantado tengo un huerto.» Y era un placer para Fray Luis trabajarlo y descansar después, «a la sombra tendido», sintiendo cómo «el aire el huerto orea, / y ofrece mil olores al sentido».

El placer es una complacencia parcial. Pero el hombre no se conforma con esa parcialidad: su auténtica meta es la felicidad, la complacencia total. Por desgracia, la felicidad no depende sólo de nuestra voluntad. No se presenta ante nosotros de forma automática. Parece existir con leyes propias desesperadamente resistentes. Unas leyes no siempre fáciles de descubrir y de seguir. De hecho, la felicidad y el dolor iluminan y ensombrecen nuestra existencia con una alternancia que muchas veces resulta caprichosa y amarga:

«La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera.»

(ANTONIO MACHADO.)

«Quiero encontrar, ando buscando la causa del sufrimiento.  
La causa a secas del sufrimiento a veces  
mojado en sangre, en lágrimas y en seco  
muchas más. La causa de las causas de las cosas  
horribles que nos pasan a los hombres.  
No a Juan de Yepes, a Blas de Otero, a Leon  
Bloy, a César Vallejo, no, no busco eso,  
qué va, ando buscando únicamente  
la causa del sufrimiento  
(del sufrimiento a secas),  
la causa a secas del sufrimiento a veces...  
Y siempre vuelta a empezar.»  
(BLAS DE OTERO.)

A la vista de estas palabras, ¿tendremos que dar la razón a Aristóteles cuando insinúa que el misterio de la felicidad se debe al designio divino? Pues si algo es un don de los dioses a los hombres -dice-, con más razón lo será la felicidad, ya que es la mejor de las cosas humanas.

El placer y la felicidad se relacionan como la parte y el todo. El placer es una satisfacción restringida a un tiempo y a una actividad. La felicidad es una complacencia completa de todo lo que soy, y aunque se da en el tiempo, no se halla ligada al ejercicio de ninguna acción concreta. Por eso puedo sentir placer sin ser feliz, y también lo contrario, ser feliz en medio del dolor.

Es importante caer en la cuenta de que la felicidad no es una suma de placeres; que éstos son compatibles con la amargura y el vacío existencial: «A los cuatro años tuve que irme a vivir con personas que no eran de mi familia, y a partir de los seis viví en los orfanatos del Estado. Excepto en aquellos muy primeros años no conocí ni las caricias ni los besos de una madre y de un padre. No tuve a nadie que por las mañanas me dijera: “Tómame el desayuno, y a ver si te portas bien en el colegio.” Estoy seguro de que cualquiera comprende la importancia que estas palabras tan sencillas tienen para un niño, y también el vacío que durante toda mi vida he sentido en mi corazón, por haberme visto privado de ellas. A los diecisiete años, siendo estudiante en la Academia Naval de Leningrado, sentía ese vacío como el mayor pesar de mi vida» (Sergei Kourdakov).

La felicidad en medio del dolor se da en aquellos que han encontrado a la vida un sentido muy por encima de lo material. Mozart, en medio de la ansiedad que le produce la grave enfermedad de su padre, le escribe en estos términos: «Doy gracias a Dios porque me ha concedido la felicidad de entender que la muerte es la llave de nuestra felicidad verdadera. Su imagen ya no representa nada espantoso para mí, sino algo muy tranquilizador y consolador.»

La máxima superación del dolor se da en los mártires, que consiguen el «más difícil todavía»: convertirlo en fuente de profundo gozo. Pero sin llegar a ese heroísmo, muchas personas son capaces de descubrir el rostro humano de la felicidad en medio de lo inhumano. Cuando el periodista pregunta al poeta cubano Jorge Valls qué han sido para él los veinte años de cárcel, graba esta respuesta: «Todo. Las amistades más auténticas, límpidas, profundas, viriles, las he tenido con mis compañeros de sufrimiento. He visto morir, enloquecer, suicidarse a muchos. La nuestra era una comunidad de las catacumbas, una hermandad de una intensidad única.»

Por otra parte, siendo el hombre un ser tan limitado y complejo, la felicidad y la amargura pueden experimentarse mezcladas e intensamente. Es otro poeta encarcelado y cercano a la muerte el que goza al ver a su pequeño hijo: «Tu risa me hace libre, / me pone alas, / soledades me quita, / cárcel me arranca.»

Nietzsche decía que quien tiene un porqué para vivir, es capaz de soportar cualquier cómo. Y cuanto más alto e intenso es el porqué, más bajos y débiles parecen los obstáculos y sinsabores del cómo. Ya lo hemos visto: cuando Rodian Raskolnikof se enamora de Sonia, le quedaban siete años de condena por su doble asesinato, siete años de dolor y sufrimiento, pero ¡cuánta felicidad!». Dostoievski debía tener en la cabeza, al escribir esto, aquellos siete años que trabajó Jacob en casa de Labán, para poder casarse con Raquel. El *Libro Eterno* comenta que aquellos siete años le parecieron sólo unos cuantos días, de tanto como la amaba.

## 6. UN PRECIO OBLIGADO: LA RENUNCIA

«No hay nada que nos sea siempre agradable, porque nuestra naturaleza no es simple» -leemos en la *Ética a Nicómaco*-. Y así, al que le gusta este alimento no le sienta bien, y el que desea fumar debe también obedecer la prohibición médica. Y si paseas te cansas. Y si no paseas te aburres.

Por lo demás, muchas son las cosas que deseo, y para alcanzar una he de dejarlas otras, aunque no las olvido: y esa renuncia me duele. Por eso es dolorosa la existencia, porque toda elección es a la vez exclusión. La historia de mi vida no es la suma de mis actos, sino también de mis omisiones y

renuncias: de todo lo que he querido pero no he sabido o no he podido realizar. Así entendemos que nuestra propia condición impide que se logre la felicidad. Su deseo es natural y constante, pero su consecución es imposible. Un «imposible necesario», dice Julián Marías en su excelente ensayo sobre *La Felicidad Humana*.

Además, con demasiada frecuencia, detrás de lo atractivo se esconde lo enojoso. Unas veces, porque no puedo conseguir lo que deseo. Otras, porque al conseguirlo me doy cuenta de su insuficiencia. Y al fin, porque el precio que debo pagar por su conquista

puede ser poco agradable. «Yo, como estaba hecho al vino, moría por él», dice Lázaro de Tornos, como para justificar la treta que emplea para beberlo. Y ya conocemos la brutal venganza del ciego: «Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.»

Lo dicho significa que el placer y la felicidad llevan consigo renuncia, tanto si nos gusta como si no. Por eso, cualquier postura hedonista será siempre ilusoria. Tampoco parece que lo correcto esté en el otro extremo, del lado de la supresión de todo deseo. Algunos estoicos y ciertas doctrinas orientales cercanas al budismo vienen a decir que la infelicidad nace de la frustración. Y dado que la frustración nace sobre el deseo no logrado, no tengas deseos y serás feliz; al menos, no serás infeliz. Lo que no está claro es que sea posible un hombre sin deseos, y aun cuando lo fuera, ¿sería un hombre o un mueble?

Sin deseos, la vida humana dejaría de ser humana. La solución puede consistir, más bien, en alimentar deseos pero no venderse a ellos. En no poner en ellos el sentido de la vida, sino en el simple bien, del que muchas veces nos vendrá, como regalo hermosamente amable, la felicidad inesperada.

El mejor estoicismo es quizá el de la fórmula *sustine et abstine*. Porque soportar lo adverso es propio del hombre fuerte, y abstenerme de lo que puedo hacer pero no debo es, vivir la templanza. Éste es el precio que debe pagar nuestra insaciable tendencia a la felicidad, si quiere alcanzar lo que de ella es posible en esta vida: dejarse conducir por la razón para no asustarse ante el dolor ni dejarse atrapar por la apariencia de placer. Por eso, cuando uno lee que «los apetitos deben ser moderados, pocos y dirigidos por la razón», sospecha que quien lo escribe sabía bastante de la vida.

Placer y felicidad son, casi siempre, el motor de nuestras acciones. Pero un motor situado en el futuro, como una meta a la que ansiamos llegar. Placer y felicidad pertenecen necesariamente al hombre como pretensión, y esa condición futura pero real es la que hace a los hombres seres complejos, extraños y permanentemente insatisfechos: «Arqueros que buscan el blanco de sus vidas.»

## 7. EL AMOR Y SUS ALAS

¿Es el amor *physical desire and nothing else*? Platón negaría rotundamente esa reducción a lo físico. Sin embargo, afirmó que la conmoción amorosa tiene lugar en el encuentro con la belleza sensible, pues ella conmueve al hombre más que ningún otro valor, y lo arrebató de su tranquila comodidad. Entonces, el hombre arrebatado por la belleza queda fuera de sí, quiere echar a volar y no puede, no sabe lo que le pasa.

De esa desconcertante situación habla Aristófanes en el principio del *Banquete*. Dice que los amantes no saben lo que quieren uno del otro; quieren algo que sobrepasa el placer del amor, pero ese algo no saben expresarlo, sólo lo presienten.

Platón, autor del *Banquete*, ha experimentado que el auténtico arrebato amoroso nos transporta por encima del espacio y del tiempo, de tal modo que el conmovido por la belleza desearía que el instante fuera eterno, y querría abandonar el camino que suelen seguir los hombres. Los dioses llaman por eso a Eros «el que proporciona alas».

Esto quiere decir que cuando recibimos la belleza rectamente, encontramos una satisfacción incompleta, un sabor agridulce en el que la felicidad se mezcla con la provocación de una espera, de una promesa que posiblemente no pueda realizarse en el ámbito de la existencia corporal. Así define justamente Paul Claudel a la mujer: «la promesa que no puede ser cumplida».

Esa promesa excita en el alma, piensa Platón, el recuerdo de su origen y la nostalgia de la felicidad perdida. Entonces le crecen alas para volver a la compañía de los dioses aún antes de terminar el exilio infligido: el alma se aficiona a contemplar y disfrutar lo divino.

Parafraseando a Pascal diríamos que el amor supera infinitamente al amor, pues despierta una sed que no puede calmarse. «¿Eres la sed o el agua en mi camino?», se preguntaba Antonio Machado. Sospechamos que el amor es ambas cosas, sed y agua: una gustosa ansiedad. Pero experimentar lo realmente gustoso de esa ansiedad sólo es posible, sigue diciendo Platón, cuando se respeta una condición previa: conservar puro el impulso amoroso, protegerlo de las posibilidades de falseamiento o corrupción que nacen de confundir el arrebato por la belleza con el mero deseo de placer.

Es importante la diferencia entre deseo y amor. El que desea sabe exactamente lo que quiere, es un calculador. Pero desear no es amar; «en rigor, no es amado quien es deseado, sino aquel para quien se desea algo» (J. Pieper).

Lewis pasa por ser uno de los escritores ingleses más inteligentes, y trata el problema de la felicidad con una sorprendente clarividencia. Confiesa que al buscarla en la experiencia erótica, perdía siempre el rastro, y «el Deseo real se marchaba diciendo: ¿Qué tiene que ver esto conmigo?» Durante muchos años buscó la felicidad en el placer, pero «al final terminé de construir el templo y descubrí que el dios se había ido» (*Surprised by Joy*).

Platón sabía que el hombre está destinado al amor profundo, pero también era consciente de que lo verdaderamente humano no se da nunca en la mayoría de los hombres. Por eso Sócrates, después de hablar con Fedro de estos temas, eleva una oración a Pan y a todos los demás dioses: «Otórgame la belleza interior y haz que mi exterior trabaje amistad con ella.»